

Ingo Siegner

# El pequeño dragón Coco en el Polo Norte

Traducción de Eva Nieto Silva



laGalera



## Hallazgo en la playa

Durante las vacaciones de invierno, el pequeño dragón Coco, la puercoespín Matilde y el dragón devorador Óscar salen con su barca de vela a hacer una excursión. Se dirigen a la costa norte de la isla del Dragón. Echan el ancla en una bahía que hay debajo de una cueva. Después se dedican a buscar madera para encender un fuego y pescan algunos peces para la cena.

—La verdad es que aquí hace frío —dice Matilde, tiritando.

—Ahí detrás —contesta Óscar— he visto una piel de oso polar. Si la secas tendrás una manta muy bonita y caliente.

Coco se extraña:

—¿Una piel de oso polar? ¡Eso tengo que verlo yo!

Y es cierto: en la playa hay una piel de oso polar, pero con el oso aún pegado a ella.

Las olas han dejado a su lado un pequeño témpano de hielo. Matilde y Óscar también se acercan corriendo.

—¡Un auténtico oso polar! —dice Matilde asombrada.

—Mmm... —murmura Coco pensativo—. Estoy seguro de que ha llegado hasta aquí flotando en el témpano de hielo.

En ese momento se oye un eructo.

—¡Óscar! —grita Matilde, escandalizada.

—¡No he sido yo! —contesta el dragón devorador.

—E... e... entonces ha sido el oso —dice Coco, tragando saliva—. ¡Aún está vivo!

—Correcto —dice Matilde—. Si eructa, es que está vivo. Está clarísimo.

—Quizá ha comido algo que no debía —dice Óscar.

—Seguro que no ha comido nada de nada —contesta Matilde.

—¿Los osos polares no están en peligro de extinción? —pregunta Coco.

—Este sí—replica Óscar.

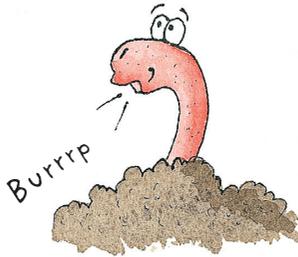
Miran atentamente al oso y se dan cuenta de que ¡¡respira!!

—¡Llevémoslo a nuestra cueva! —dice Coco.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —pregunta Matilde.

—Construiremos una camilla —responde Coco, echando a volar—. Voy a buscar material. Solo hay que preocuparse de que el oso no salga corriendo.

—¡Pufff! —gruñe Matilde—. ¿Y cómo iba a salir corriendo?

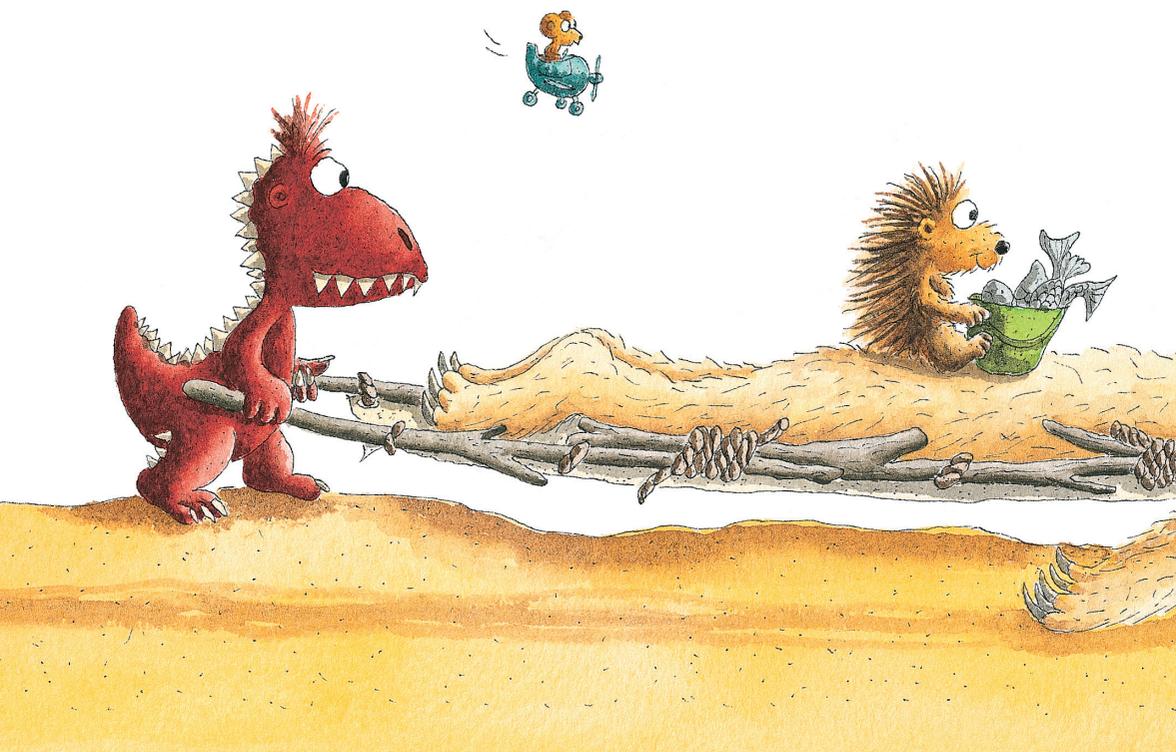


Óscar levanta cuidadosamente una de las patas delanteras del oso.

Cuando la vuelve a soltar, la pata cae pesadamente sobre la arena.

—No creo que esté para muchas carreras —murmura el dragón devorador.

En un instante, los amigos construyen una sencilla camilla hecha con palos, cuerdas y una lona. Con mucho cuidado colocan al delgado



oso polar sobre ella y le transportan a la cueva.  
En el camino, el oso se tira un pedo.

Matilde sacude la cabeza.

—¡Al menos aún puede tirarse pedos!

—¡Puaj! —dicen Coco y Óscar, conteniendo la respiración.

—No os quejéis —dice Matilde—. Un pedo de dragón es mucho peor.

Los amigos debaten esta afirmación.



—Bueno, eso depende —dice Coco—. Hay pedos y pedos.

—Y luego están los horribles —comenta Óscar—. Cuando mi padre se tira uno, es el infierno, os lo digo yo.

—Bueno, pues cuando mi padre lo hace —añade Coco—, allí no vuelve a crecer la hierba. ¡Como si la hubieran quemado!

—Cuando mi madre come cebolla y ajo —dice Matilde— es un verdadero cañón de pedos.

—¡jijiji! —ríe Óscar—. Un cañón de pedos.

Una vez en la cueva, Coco enciende un fuego. Matilde y Óscar preparan una cama hecha a base de musgo mullido y hierbas secas. Con mucho cuidado, los amigos colocan encima al oso polar.

—¡Ay! —murmura Coco—. Está haciendo ruidos.

—Está soñando —comenta Matilde—. Cuando uno hace ruidos mientras duerme, es señal de que sueña.

—Seguro que sueña con pescado —dice Coco colocando un pescado fresco bajo el morro del oso polar.

El oso olisqueea.

—Cuando se despierte —comenta Matilde— vamos a tener un problema. Los osos polares son muy peligrosos.

—Anda ya —responde Óscar—. ¡Yo no tengo ningún miedo de este oso!

Y en ese momento el oso abre los ojos.

